

contra sus inicuos opresores. No se podía ofrecer ejemplo más vivo y elocuente: no se trataba ya de una ficción más ó menos verosímil, de un caso individual, sino de un hecho histórico á que se ajustó el gran dramaturgo con entera fidelidad, haciendo revivir en la escena las oprobiosas demasías de un gobernante corrompido, y la justa venganza del pueblo irritado, que se alza contra su opresor y le mata como se mata á un reptil venenoso. La lección envolvía inmensa trascendencia, pues era nada menos que la revelación del poder latente en las masas populares para rebelarse contra los tiranos y reivindicar los ultrajados derechos. Incapaces los rudos espectadores de comprender y discutir las atrevidas teorías del sabio Mariana, sí podían abarcar en toda su extensión lo que significaba el cuadro que se ofrecía á sus miradas, sentir hondamente los sufrimientos de las víctimas, y saborear con deliciosa fruición su justa venganza. Diráse que todavía quedaba un punto de interrogación: los plebeyos, los desheredados que sacudían valientemente el yugo de una oprobiosa servidumbre, contaban con el escudo protector de la autoridad monárquica, pronta para reprimir los desafueros de turbulentos magnates, asegurando de este modo la base de su dominación absoluta; pero ¿qué sucedería cuando el despotismo radicase en el poder supremo; cuando la fuente del mal se escondiese bajo las mismas gradas del trono, haciendo pesar su maléfica influencia sobre esclavizada muchedumbre? Lope tenía que inclinarse ante la ma-

jestad real, pues si bien dió muestras de viril osadía, presentando á los ojos del vulgo las debilidades y abusos de varios monarcas, no le era lícito pasar más allá de cierto límite, trazado por el respeto hacia el primero y único depositario del poder público. No importa, sin embargo; la solución estaba indicada: el tirano sea cual fuere, el traidor á sus juramentos, el que en vez de velar por el bien de sus súbditos, viola los derechos de que éstos gozan por el mero hecho de existir, es un renegado de la humanidad, una bestia dañina á quien se puede perseguir y destruir impunemente. Así queda bien asentado el derecho de insurrección; y así queda también agregado al augusto lauro del poeta que brilla en la frente de Lope, el timbre glorioso que señala en la historia á los defensores de la justicia social contra los abusos de la tiranía.

## XI

La admiración, el entusiasmo que inspira un gran escritor, acaban por avasallar nuestras simpatías, al extremo de figurárnoslo como un sér presente, cuyas palabras escuchamos con el afectuoso respeto debido á un maestro bondadoso. Esta especie de fascinación literaria se impone de tal manera, que sentimos, como si de cosa propia se tratara, todo lo que en bien ó en mal se refiere al autor predilecto, gozando con sus triunfos, sufriendo con sus dolores, irritándonos contra las injusticias de que contempo-



ráneos y pósteros le hicieran víctima. Singular fenómeno, en que parecen desvanecerse los abismos del tiempo y del espacio, y que forma la mayor victoria reservada al genio, el signo más elocuente de su inmortalidad; pues si sus labios enmudecieron para siempre, si su cerebro fué á disolverse en el fecundo laboratorio de la naturaleza, sus palabras y sus pensamientos siguen vibrando en esa atmósfera que envuelve á los espíritus, despertando sentimientos é ideas, enseñando y consolando á los que de cerca los siguen, no importa cuándo ni dónde, porque su vitalidad está puesta fuera de los fantasmas fugitivos del mundo sensible.

Esto explica á la vez el afán de investigación, la tarea interminable por penetrar en la vida de esos seres privilegiados, por reconstituir su carácter moral, por determinar los principios que les sirvieron de norma y valorar los diversos elementos que concurrieron á la formación de su idiosincracia. Porque detrás de la obra se busca al autor, se busca al hombre, como detrás del efecto se busca la causa que lo produjo; porque entre ambos términos existe una relación necesaria que los identifica como partes integrantes del mismo concepto. El placer que despierta la producción artística no es completo si no se conoce la génesis de su evolución, ni podemos apreciar en todo lo que valen las altas creaciones del poeta, si no sabemos leer entre renglones los sentimientos reales que se condensaron en formas imperecederas.

Al poner término á este trabajo, harto deficiente

si se tiene en cuenta la magnitud del asunto, y en el cual apenas quedan indicados algunos rasgos de la asombrosa producción del Fénix de los ingenios, se impone la necesidad antes indicada, de señalar los lineamientos generales del carácter que ha informado creación tan soberana. Felizmente abundan esta vez los datos para intentar con acierto estudio tan interesante, no sólo por el testimonio de los biógrafos del gran poeta, sino especialmente por las revelaciones que de sí mismo se escapan, cuando suele levantar una extremidad del velo que oculta á las miradas profanas el santuario de su propia conciencia. De esta manera, no es raro descubrir en situaciones ó personajes que la vara mágica del poeta ha animado en la escena, ciertos perfiles de familia que señalan su legítima filiación y que tienen la contrapueba en otras producciones de carácter subjetivo, al través de las cuales se puede ver directamente el alma del autor, proporcionando ese estudio bastantes elementos para trazar, siquiera sea someramente, la fisonomía psíquica que con mayores probabilidades se acerque al original.

Por este camino se llega á fijar desde luego uno de los rasgos característicos de aquel noble espíritu: el ardiente deseo de vivir lejos del brillo de las cortes y del bullicio de las ciudades, no precisamente por aversión misantrópica, pues aunque bien sentía todo lo que hay de falso en la vida mundana, y elocuentemente sabía expresarlo, pesaba más en él la necesidad de un dulce aislamiento para entregarse



con toda libertad al estudio, á la contemplación de la naturaleza y á las mágicas lucubraciones de su poderosa fantasía. «Con dos flores de un jardín, dice en la dedicatoria de su comedia *El Alcalde mayor*, seis cuadros de pintura y algunos libros, vivo sin envidia, sin deseo, sin temor y sin esperanza; vencedor de mi fortuna, desengañado de la grandeza, retirado en la misma confusión, alegre en la necesidad, y si bien incierto del fin, no temeroso de que es tan cierto. Con esta filosofía camino por donde más me puedo apartar de la ignorancia, desviando las piedras de la calumnia y las trampas de la envidia.» Estas ideas que muestran el programa de la vida de un sabio, las vemos reproducidas en el siguiente pasaje de su *Epístola á Amarilis*:

Mi vida son mis libros, mis acciones  
Una humildad contenta que no envidia  
Las riquezas de ajenas posesiones.

La confusión á veces me fastidia,  
Y aunque vivo en la corte, estoy más lejos  
Que está de la Moscovia la Numidia.

Tócanme solamente los reflejos  
De los grandes palacios á mis ojos,  
Más solos que las hayas y los tejos.

Para dar á la tierra los despojos  
Que sirvieron al alma de cortina,  
¿Quién trueca blanda paz por sus enojos?

Yo tengo una fortuna peregrina  
Que tarde la venció poder humano;  
Así me destinó fuerza divina.

Tal vez la estimación me finge enano,  
Tal vez gigante, y yo con igual frente  
Ni pierdo triste ni contento gano.

Y luego, comparando la dicha que disfruta con el torbellino de males que afligen á la humanidad, exclama en un arranque de purísimo gozo:

¡Oh vida santa, libre de sospechas,  
De traiciones, cuidados y de agravios,  
Anchura de estas cárceles estrechas!

Hinche la ciencia á los soberbios sabios,  
Ensanche á los señores la grandeza,  
Abra el dinero á la ambición los labios;

Duerma en plumas de cisnes la pereza,  
Y con la de Caligula vomite  
La gula, afrenta de naturaleza;

Arda en lascivia y su beldad marchite  
La blanda, juvenil, loca hermosura;  
Vidas airadas la venganza quite;

Opóngase la envidia á la luz pura  
Del sol cuando las sombras tiene iguales,  
Y báñese en azar el que murmura;

Muera el ingenio pobre á los umbrales  
Del avariento rico; al pretendiente  
Engañen esperanzas inmortales;

Sirva quien tiene estrella, diligente,  
Y saque al fin de tan prolijos años  
Fuego en el corazón, nieve en la frente;

Y yo, con estos justos desengaños,  
Pase la poca vida que me queda  
Causando pocos y admirando extraños. . . .

El alma superior que se alza sobre el nivel de muchedumbres frívolas, en que fermenta todo linaje de bajas pasiones, siente á su vez indignación, tristeza, desaliento, y busca dentro de sí misma un refugio contra realidades tan poco gratas; porque nada puede ser más opuesto al ideal que se alimenta de



verdad y de justicia, que el espectáculo de un mundo en que imperan el error y la fuerza. Diversos son empero los efectos que produce tal desencanto, según es diversa la índole de quienes lo sufren: el negro pesimismo que convierten en sistema los caracteres de impulsivo temple, acaba por revestir la forma de sátira acerada que sin piedad hiere y destroza cuanto puede ser objeto de admiración y de entusiasmo; mientras los espíritus soñadores, que tienen como principios constitutivos de su ser la intuición de la belleza pura, el sentimiento de amor y de armonía que respiran las obras de la naturaleza, no pueden precipitarse en el caos del nihilismo, donde no caben consuelos ni esperanzas, sino que se esfuerzan por emigrar de la atmósfera deletérea que las sofoca, y remontarse á la región serena donde tienen su tranquilo albergue la razón y la justicia.

Lope era de esas almas privilegiadas: los vicios endémicos de toda sociedad de hombres le lastimaban necesariamente, como lastima en el orden estético cualquiera deformidad moral ó física; pero esas impresiones dolorosas no alteraban el fondo de aquella naturaleza escogida, que conservaba intacto el precioso caudal de su bondad innata. El brillo de su inteligencia no perdía nada con los desdenes de los felices del siglo, y las injusticias sociales, tan comunes en todos los tiempos, sólo servían para excitar y purificar la fuente inagotable de filantropía que manaba de su corazón, inclinado siempre en favor del hermano menesteroso, á quien proporcionaba

todo el auxilio que le permitía su modesta fortuna.

En resumen: una vida tranquila, independiente, en el campo, lejos del bullicio de las ciudades, donde poderse entregar al estudio, á la práctica del bien, á la contemplación de las bellezas que la naturaleza ofrecía á los ojos de quien sabía comprenderla, y esto, rodeado de seres queridos, vivificado por los dulces y mutuos afectos que inspiran el amor, la amistad, la familia, tal era el ensueño de dicha que acariciaba el poeta filósofo como el bien más codiciable á que se puede aspirar sobre la tierra. La vida para él era ó debía ser conjunto de armonías entre las facultades que adornan á la creatura racional; pues como ha dicho uno de esos antiguos que brillan como astros de primera magnitud en el cielo de la inteligencia, el sabio es un músico hábil en formar armoniosos acordes entre la gama pasional, las altas concepciones de la razón y los impulsos volitivos encaminados al cumplimiento del deber.

De esta disposición de espíritu proceden los cuadros risueños, de suave frescura y de ambiente sano que abundan en las obras así líricas como dramáticas, que constituyen el acervo poético legado á la humanidad por aquel genio sin par, pudiendo decirse que son otras tantas variaciones de un tópico favorito en que la misma tristeza toma á veces cierto dejo de dulzura como estética nota del dolor.

Entre los dramas que mejor condensan bajo forma simbólica esa concepción de una vida independiente y dichosa, puede citarse *El villano en su rin-*



*cón*, título que expresa con harta precisión el pensamiento que lo inspiró. Juan Labrador había llegado á un alto grado de prosperidad, merced á su conducta laboriosa y honrada; tal es el protagonista que, sin picar en filósofo de escuela ni en sabio profesional, ha encontrado el medio de utilizar sus riquezas para labrarse una vida feliz sobre la base de una perfecta libertad. Así, en una oración que dirige á la bondad divina, comienza por expresar que le da gracias no tanto por las vastas posesiones que le ha concedido y los valiosos frutos que de ellas recoge, sino principalmente, y sobre todo, por el contento que disfruta en el seno de la independencia y de la paz.

Parezco un hombre opuesto  
 Al cortesano triste  
 Por honras y ambiciones,  
 Que de tantas pasiones  
 El corazón y el pensamiento viste,  
 Porque yo sin cuidado  
 De honor, con mis iguales vivo honrado.  
 Nací en aquesta aldea,  
 Dos leguas de la corte,  
 Y no he visto la corte en sesenta años,  
 Ni plega á Dios la vea,  
 Aunque el vivir me importe  
 Por casos de fortuna tan extraños.  
 Estos mismos castaños  
 Que nacieron conmigo,  
 No he pasado en mi vida:  
 Porque si la comida  
 Y la casa, del hombre dulce abrigo,  
 A donde nace tiene,  
 ¿Qué busca? ¿á dónde va ni á dónde viene?

Aquí tenemos un bosquejo de dicha completa tal como la comprende y practica un espíritu bien equilibrado, que ama por instinto, no por elaboración sistemática ni por costosos desengaños, la libertad individual en su más pura acepción, la independencia de todo yugo que pudiese coartar el ejercicio de tan noble facultad. Juan es un hombre ignorante, pero posee un gran tesoro de bondad y sensatez que no ha aprendido en libros ni en escuelas, sino que brotan espontáneamente de su propio fondo, y que le trazan una línea de conducta en que no caben dudas ni equivocaciones. Los bienes cuantiosos con que le ha enriquecido la Providencia, no constituyen el objeto final de su destino, sino que son el medio para practicar el bien y disfrutar el inmenso placer que proporciona una conciencia exenta de toda zozobra.

Feliciano, hijo de Juan, interrumpe la dulce meditación de su padre, instándole á que salga con su mejor vestido á ver al rey que en aquellos momentos pasa con un brillante séquito cerca de su morada.

Ea, padre, que esta vez  
 No has de ser tan aldeano:  
 Da, por tu vida, de mano  
 A tanta selvaticuez.  
 Alegra ya tu vejez,  
 Hinea la rodilla en tierra  
 Al rey que con tanta guerra  
 Te mantiene en paz.



JUAN.

No más;

Qué pesadumbre me das.  
 La boca, ignorante, cierra.  
 ¿Qué es ver al rey? ¿Estás loco?  
 ¿De qué le importa al villano  
 Ver al señor soberano  
 Que todo lo tiene en poco?  
 Los últimos pasos toco  
 De mi vida, y no lo ví  
 Desde el día en que nací;  
 Pues ¿tengo de verle ya,  
 Cuando acabándose está?  
 Más quiero morirme así.

Yo he sido rey, Feliciano,  
 En mi pequeño rincón;  
 Reyes los que viven son  
 Del trabajo de su mano;  
 Rey es quien con pecho sano  
 Descansa sin ver al rey,  
 Obedeciendo su ley  
 Como al que es Dios en la tierra,  
 Pues que del poder que encierra  
 Sé que es su mismo virrey.

.....  
 Daré al rey toda mi hacienda,  
 Hasta la oveja y el buey;  
 Mas yo no he de ver al rey,  
 Mientras de esto no se ofenda.  
 ¿Hame de dar encomienda  
 Ni plaza de consejero?  
 Servirle y no verle quiero,  
 Porque al sol no le miramos,  
 Y con él nos alumbramos;  
 Pues tal al rey considero.

No se deja el sol mirar,  
 Que es su rostro un fuego eterno;

Rey del campo que gobierno  
 Me soléis todos llamar;  
 El ave que hago matar,  
 Sábele allá de otro modo,  
 Ni el vino oloroso es todo,  
 Porque le falta haber sido  
 El mismo quien le ha cogido  
 Para que le sepa más;  
 Que en las viñas donde estás,  
 Lo que he sembrado he bebido.

Los coches pienso que son  
 Estos que vienen sonando,  
 Ya me escondo, imaginando  
 Su trápala y confusión.  
 ¡Ay mi divino rincón  
 Donde soy rey de mis pajas!  
 ¡Dura ambición! ¿qué trabajas  
 Haciendo al aire edificios,  
 Pues los más altos oficios  
 No llevan más de mortajas?

El rey, con sus principales acompañantes, visita la iglesia del pueblo, y al recorrer los sepulcros, llama su atención una piedra sostenida por un pilar, en la que se lee el siguiente epitafio:

«Yace aquí Juan Labrador,  
 Que nunca sirvió á señor,  
 Ni vió la corte ni al Rey,  
 Y venerando su ley,  
 Ni temió ni dió temor;  
 Ni tuvo necesidad,  
 Ni estuvo herido ni preso,  
 Ni en muchos años de edad  
 Vió en su casa mal suceso,  
 Envidia ni enfermedad.»